

Luis Bacigalupo. *Aristóteles en París. Ensayos sobre la filosofía cristiana en la Edad Media*, Lima: Fondo Editorial PUCP, 2022, 498 p. ISBN: 978-312-617-743-0. Cloth: PEN 100

Reseñado por JEAN CHRISTIAN EGOAVIL
Universidad del Pacífico y Pontificia Universidad Católica del Perú
jean.egoavil@pucp.edu.pe

El libro de Bacigalupo no es una colección de nombres, fechas y datos del período histórico de la filosofía medieval. No es un abrumador listado de personajes ni de obras desconocidas y perdidas que hablan con un lenguaje fosilizado. Afortunadamente, el libro es todo lo contrario, pues, como afirma en el subtítulo, contiene una serie de ensayos sobre el desarrollo de la filosofía cristiana en la Edad Media. Y ante la buena producción de textos sobre filosofía medieval, cabe preguntarse ¿qué dice el libro de Bacigalupo que no digan los otros? Considero que son dos ejes primordiales sobre los cuales el autor teje una interesante interpretación del quehacer filosófico medieval y que responde a mi pregunta.

Por un lado, el eje simbólico-mítico propio de la religión cristiana y su espiritualidad emanada de la figura central y profética de Jesús que Bacigalupo denomina `el acontecimiento Cristo´ o “aquello que distingue a la filosofía cristiana de la Edad Media como su propiedad, que es su peculiar relación con el mito del Mesías” (37). El lenguaje y el ejercicio cognitivo para comprenderlo fue primordialmente simbólico, de modo que, su instrumento discursivo fue la retórica y la poética. Por otro lado, el eje lógico-analítico derivado propiamente de las obras filosóficas de Aristóteles, especialmente de los tratados de lógica contenidos en el *Órganon*, pues en estos se contiene una novedosa teoría de la ciencia y del conocimiento totalmente distinta al eje simbólico-mítico y que permitió el conocimiento natural de las cosas. Precisamente, uno de los aspectos que más sedujo a las mentes medievales fue esta perspectiva: la de un conocimiento natural expresado por medio de un lenguaje natural, de manera que, el conocimiento racional de la naturaleza sobrenatural de Dios era posible. Por tanto, Bacigalupo muestra que la historia de la filosofía en la Edad Media no fue una historia de etapas monolíticas, sino un complejo dinamismo de estas dos perspectivas (simbólico-mítico y lógico-analítico) en una dialéctica de tensiones, contradicciones y condenas.

Bajo el marco interpretativo de estos dos ejes, el autor organiza su exposición del devenir del pensamiento filosófico a lo largo de la Baja Edad Media y Alta Edad Media, para ello, el texto está dividido en tres partes. La primera (67-199) tiene como eje central la definición, explicación y demostración de las tensiones y contradicciones ocurridas entre las perspectivas simbólico-mítica y lógico-analítica. Esta es la piedra angular de la propuesta de Bacigalupo, pues, sin el conocimiento del conflicto de estas perspectivas, no comprenderemos los movimientos intelectuales, los debates, las teorías y los libros producidos, y, sobre todo, no nos explicaríamos qué *razones* subyacen para que el medioevo siga fascinándonos en nuestros días. Es más, si quitásemos los ejes propuestos por el autor, este período de estudio resultaría nuevamente esa lista engorrosa de nombres y títulos. En

pocas palabras, Bacigalupo nos muestra a los actores principales en escena discutiendo en medio de las tensiones y conflictos desencadenados entre las dos perspectivas antes mencionadas, somos testigos de una titánica lucha de visiones del mundo y del hombre que, paradójicamente, parece no haber concluido.

La segunda parte del libro (207-317) continúa el desarrollo de la tesis del conflicto de perspectivas y de la secularización. Añade la tesis de la Edad Media como el útero de la modernidad, pues el paulatino conocimiento de las doctrinas aristotélicas, especialmente la lógica, generó una revolución científica con el cambio de la metodología simbólica a la analítica. Personajes como Anselmo de Canterbury o Pedro Abelardo fueron parte de este proceso, pues, ambos apelaron en sus disquisiciones dialécticas razonamientos analíticos. De modo que, con Abelardo, estos son empleados tanto en la teología como en la ética por medio de su célebre teoría de la *sermo*. El anhelo de los pensadores cristianos por clarificar el simbolismo generó la paradoja de la desnaturalización simbólica, o en todo caso, a mayor esfuerzo por clarificación del misterio cristiano mayor destrucción del mismo.

En la tercera parte del libro (325-470), se estudia al personaje principal de esta conflictiva historia: Aristóteles. Su llegada a París fue mediada por una dilatada campaña de traducción de sus obras proveniente de Oriente conocida hoy como la *translatio studiorum*, cuyos focos de irradiación fueron el sur de Italia y España. La tierra fértil a la cual alude Bacigalupo previamente a la llegada del Filósofo ha sido preparada no solo por el constante conflicto entre las perspectivas simbólica y la analítica, sino por una aproximación más cercana a la naturaleza por parte de los intelectuales cristianos de los siglos XII y XIII. Qué tanta influencia tuvo en este cambio de perspectiva las diversas herejías como la de los albigenses y los cátaros, es difícil de precisarlo, pero de aquello que estoy seguro es que la perspectiva más conciliadora de la naturaleza por parte de los cristianos jugó a favor de la recepción de las obras del Estagirita. No es casual que el testimonio de vida de San Francisco de Asís, el santo fundador de la Orden de Frailes Menores o franciscanos, haya sido el mejor ejemplo de una aproximación espiritual a la naturaleza creada por la divinidad y, por lo tanto, también *buena*. En efecto, las condiciones para que Aristóteles haya sido bien recibido en Europa no solo fueron teóricas y académicas, sino también de orden existencial y natural, sin embargo, junto al entusiasmo aristotélico ingresaba de la manera más inesperada la perspectiva que sería el factor determinante en el conflicto: el método lógico-analítico. En este sentido, es importante mencionar que las sucesivas condenas del pensamiento aristotélico fueron siempre mal dirigidas, ya que se restringía el estudio de sus textos físicos y metafísicos cuando en realidad los textos “más peligrosos” eran los lógicos, pues contenían la teoría científica lógico-analítica. El cristianismo universitario alentaba el estudio de la lógica, prohibía los físicos y metafísicos y sin saberlo iba corroyendo lo que pretendía defender: la estabilidad del mito del acontecimiento Cristo.

El rol desempeñado por las dos principales ordenes mendicantes, dominicos y franciscanos, fue crucial no solo por el juego político y eclesiástico que les permitió mediar en el asunto, sino porque el aristotelismo fue un factor decisivo en la configuración de su perspectiva intelectual. Mientras los dominicos, sostiene Bacigalupo por medio de la

metáfora del reloj “Aristóteles” desarmado y rearmado con piezas cristianizadas, se abocaron a una cristianización del pensamiento del Filósofo, los franciscanos, en cambio, por medio de la metáfora de los puntos topográficos de un terreno, tomaron la doctrina aristotélica y con ella configuraron las coordenadas sobre un mapa por el cual un filósofo cristiano podía trasladarse. Y a pesar de las advertencias hechas por San Buenaventura, la suerte del aristotelismo y su método lógico-analítico estaba echada a su favor. Así, el triunfo de la analítica sobre la poética se hizo evidente con mayor fuerza. La teología simbólica de los primeros siglos del medioevo giró hacia una teología analítica, cuya cúspide es la obra de Tomás de Aquino, de manera que Bacigalupo ensaya una sugerente idea en torno a al destino del pensamiento medieval si la perspectiva de San Agustín hubiese permanecido, pues conforme a los intereses de los Padres de la Iglesia, la clave para una comprensión del cristianismo no era una *gnosis*, sino una *epignosis*. Es decir, no el conocimiento de lo natural como lo plantearon los filósofos griegos, especialmente Aristóteles, sino el *sobreconocimiento* de lo *sobrenatural* de Dios.

La *lectio divina* del pensamiento simbólico cristiano fue reemplazada por una *ratio fidei* o el esfuerzo de una racionalización de la fe. Y ante esta teología analítica, la sutileza y genialidad de Juan Duns Escoto en las postrimerías de la Escolástica es precisamente demostrar que una teología no puede ser analítica completamente, es más, no siquiera es posible que la metafísica analítica sea en sí misma una ciencia. La postura escotista arraigada en la tradición agustiniana representó, sin duda, el inicio del fin del aristotelismo escolástico, cuya parte final fue, literalmente, cortada por Ockham.

En suma, el texto de Bacigalupo plantea una perspectiva interesante para interpretar y comprender el desarrollo del pensamiento medieval. Para ello, nuestro autor plantea el conflicto de las dos perspectivas o metodologías intelectuales tanto la simbólico-mítica como la lógico-analítica. Y sobre estas, como en un bastidor, teje las redes interpretativas medievales. De este modo, si comparamos el trabajo de Bacigalupo con el de otros autores, se puede apreciar notables diferencias que enriquecen el conocimiento del medioevo filosófico.

Finalmente, desde el *acontecimiento Cristo* como clave hermenéutica, Bacigalupo no solo reafirma la piedra angular del pensamiento medieval cristiano, sino también propone una interpretación distinta del medioevo filosófico, incluso sugeriría que dicho *acontecimiento* se leería en clave del *crisocentrismo* franciscano con la cual Bacigalupo nos ofrece una lectura novedosa de una Edad Media que aún nos cautiva y que a veces parece no haber culminado.